

EL CUMPLEAÑOS DE MÁXIMA

Era el 8 de noviembre, cumpleaños de Máxima. Cumplía 10 años, y su madre le había prometido hacer una fiesta en su honor. Cuando la niña se despertó por la mañana, le dolía la cabeza y parecía que había contraído un resfriado. La mamá decidió que era mejor que se quedase en casa en vez de ir a la escuela. Hacia las doce, empezó a quejarse de dolor de garganta, y la madre le tomó la temperatura. Estaba en 101° F., o sea, un poco más de 39° C., así que la señora llamó al médico. Este vino enseguida, y después de haber examinado a la enfermita, ordenó que se acostase.

- Pero mamá – dijo Máxima, - no estoy tan enferma como para quedarme en cama.

- El médico cree que sí, querida – dijo la señora, - y debes ir a la cama.

¡Pobre Máxima! Pronto iba a llegar la hora de la fiesta, y ella tenía que estar en cama, enferma.

¡Qué cumpleaños! Máxima procuraba que su madre no viese las lágrimas que no podía retener.

Vino un hombre a colocar un letrero rojo en el portón. Decía: "Hay un caso de escarlatina en esta casa. No entre." De manera que nadie se atrevía a entrar en la casa, y la mamá no podía salir, ni siquiera para ir al almacén o tienda de comestibles. Pero esto no era lo peor. El padre de Máxima era repartidor de una gran panadería de la ciudad, y tenía que utilizar un gran camión rojo para su trabajo. Debía levantarse a las cuatro de la mañana e irse a la panadería. Allí cargaba el camión con pan, bollos, biscochos, tortas, masas y pasteles. Luego se iba lejos al campo y repartía la mercadería a centenares de personas, de manera que no regresaba a casa hasta muy tarde de noche. La mañana del 8 de noviembre había salido como de costumbre mucho antes que Máxima se despertara, y no sabía que su hijita estaba enferma en cama.

Regresó muy cansado por la noche. Había sido un día frío y húmedo, y estaba muy deseoso de entrar en su casa, cenar e irse a la cama. Ya era oscuro cuando llegó, de manera que no vio el letrero rojo a la entrada del callejón que daba a su patio. Cuando la mamá oyó que el camión se detenía, fue al vestíbulo y le dijo que Máxima estaba con escarlatina; y la casa había sido declarada en cuarentena, de manera que él no podía entrar en ella. ¡Pobre papito! ¡No podía entrar en su casa abrigada, ni acostarse en su cómoda cama! Decidió vivir en el garaje hasta que terminase la cuarentena. Había una estufa allí, pero no había cama. Lo primero que hizo fue encender el fuego. En una pieza desocupada del piso superior, había un colchón; la mamá abrió la ventana y lo puso con la ropa de cama sobre el techo del vestíbulo. El papá encontró una escalera que usó para bajar las cosas y se las llevó al galpón. No era una tarea muy agradable eso de armar una cama en el garaje, pero el papá solía decir: "Cuando es necesario, se puede aguantar casi cualquier cosa." Puso el colchón sobre algunos cajones vacíos y se arregló la cama lo mejor posible; pero no cabe duda de que era algo dura.

La mamá le alcanzó la cena y la comió solo en el garaje. Este programa duró como veinte días.

Máxima llegó a presentar un aspecto tan rojo como el letrero puesto en el portón, pero al fin fue mejorando y se le permitió sentarse en la cama con sus muñecas. Jugaba a que ellas también tenían la escarlatina, y la cama de la niña era un hospital para ellas. La mamá venía a hacerle compañía y le leía historias de EL AMIGO DE LOS NIÑOS que una amiga le había mandado.

Se sentían agradecidas que Máxima no había sido afectada en forma más grave, porque muchos niños sufren complicaciones cuando contraen esa enfermedad. El papá también agradecía a Dios por esto, y cada noche, al regresar a casa iba al vestíbulo para saber cómo seguía la niña y recibir su cena, se sentía agradecido al tener algo caliente que comer, y un garaje donde refugiarse. Se acordaba de los pobres que, a causa de la guerra, habían sido desalojados de sus cómodas casas y no tenían comida ni albergue.

Por fin llegó el día cuando se suprimió la cuarentena. El papá estaba haciendo su reparto de pan como de costumbre, pero sabía que el departamento de higiene había mandado hombres para desinfectar la casa. Se iba a sacar el letrero rojo, y podría cenar con su hijita y la mamá y dormir en su propia cama nuevamente.

Fue realmente una cena de acción de gracias. Será difícil que la olvide ninguno de los tres. Nunca les había parecido que había tantas cosas por las cuales estar agradecidos a Dios. El papá dijo que la casa era más agradable que antes y había aprendido a apreciarla más que nunca. La mamá dijo que nunca había estado tan contenta en su vida, y expresó que debía dar gracias a Dio por estar sana, cosa que nunca había pensado antes. La mamá le dijo que debía a las amiguitas de Máxima de que festejarían el cumpleaños en otra oportunidad.